

# E.T.A. Hoffmann

por Carmen Bravo-Villasante

Una múltiple existencia como poeta, músico, pintor y jurista, existencia camaleónica y tornasolada, es la de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann. Este caleidoscopio humano que se refleja en el mosaico de su obra, asoma su cara de visionario en las portadas de los libros: ese semblante asombrado del hombre que está viendo fantasmas nocturnos y se le eriza el cabello, distorsionado en una mueca grotesca de loco maravillado.

La realidad y la fantasía en una mezcla desconcertante es la fórmula cabalística que rige la obra de Hoffmann. En sus páginas aparecen, en convivencia extraña, personajes inventados con seres contemporáneos. Muertos y vivos, músicos y escritores como Fouqué, Chamisso, Tieck, Novalis, Calderón, Mozart, alternan con Princesas Brambillas, Gatos Murr, Maeses Pulga, como si todos ellos hubieran probado ese elixir maravilloso que iguala a personajes y hombres, efectuando esa genial metamorfosis de que los hombres se conviertan en personajes, y éstos, en seres humanos.

Para el lector acostumbrado a un solo plano de realidad, esto no resulta nada fácil. Esta continua transmutación es desconcertante. ¿En qué mundo estamos? Delirio de la ensoñación, alterado por el cristal mágico que se pone el escritor ante la vista, llega a producir vértigo; así como el estilo conceptuoso, incoherente, que alterna con otro estilo cortante, de frases breves, que nos lleva de la más pro-



Frontispicio de la edición de los «Cuentos Fantásticos», de Labor, 1962.

saica realidad al más fantástico de los mundos. Exaltación rayana en la locura altera y desfigura el mundo circundante, cuyos límites imprecisos, difíciles de deslindar, turban y marean al lector, atraído por el mágico hechizo de la narración fabulosa y enigmática.

## Extraordinaria animación

Julius Eduard Hitzig, su amigo y biógrafo, nos dice acerca de él:

Hoffmann era de estatura muy baja, semblante amarillento; pelo casi negro, que le crecía bien entrada la frente; ojos grises, que apenas expresaban nada cuando estaba tranquilo, pero cuando refulgían tenían una expresión extraordinariamente sagaz. La nariz fina, la boca firmemente cerrada. Su cuerpo, a pesar de su ligereza, era poderoso, pues en relación con su pequeña estatura tenía hombros muy anchos y pecho levantado.

En su juventud vestía con elegancia, sin caer en la afectación. Llevaba grandes patillas que le llegaban casi hasta la comisura de la boca. Posteriormente le gustaba mucho aparecer de uniforme, con el que parecía un general francés o italiano.

Parece ser que tenía una extraordinaria animación cuando relataba algo, y a veces resultaba grotesco. Hablaba muy deprisa, con una rapidez increíble, con frases muy cortas; pero cuando se entusiasmaba describiendo asuntos artísticos, entonces se expresaba en largos períodos, y hasta con un énfasis cómico.

Lo grotesco y lo misterioso en la naturaleza humana le atraían al máximo, y gustaba de hablar de estas cosas con sus amigos.

Ello nos explica muy bien su obra prodigiosa: figuras engañosas y mudables en el laberinto de presentimientos y sueños, fantasmagorías diabólicas en su versatilidad. Pleno romanticismo, se acabó la claridad del siglo de la razón.

Según cuentan, y Hoffmann confirma en sus cartas, parece ser que cuando escribía por la noche sus cuentos de miedo con aparecidos, fantasmas y dobles, los veía de verdad,



# LOS CLÁSICOS

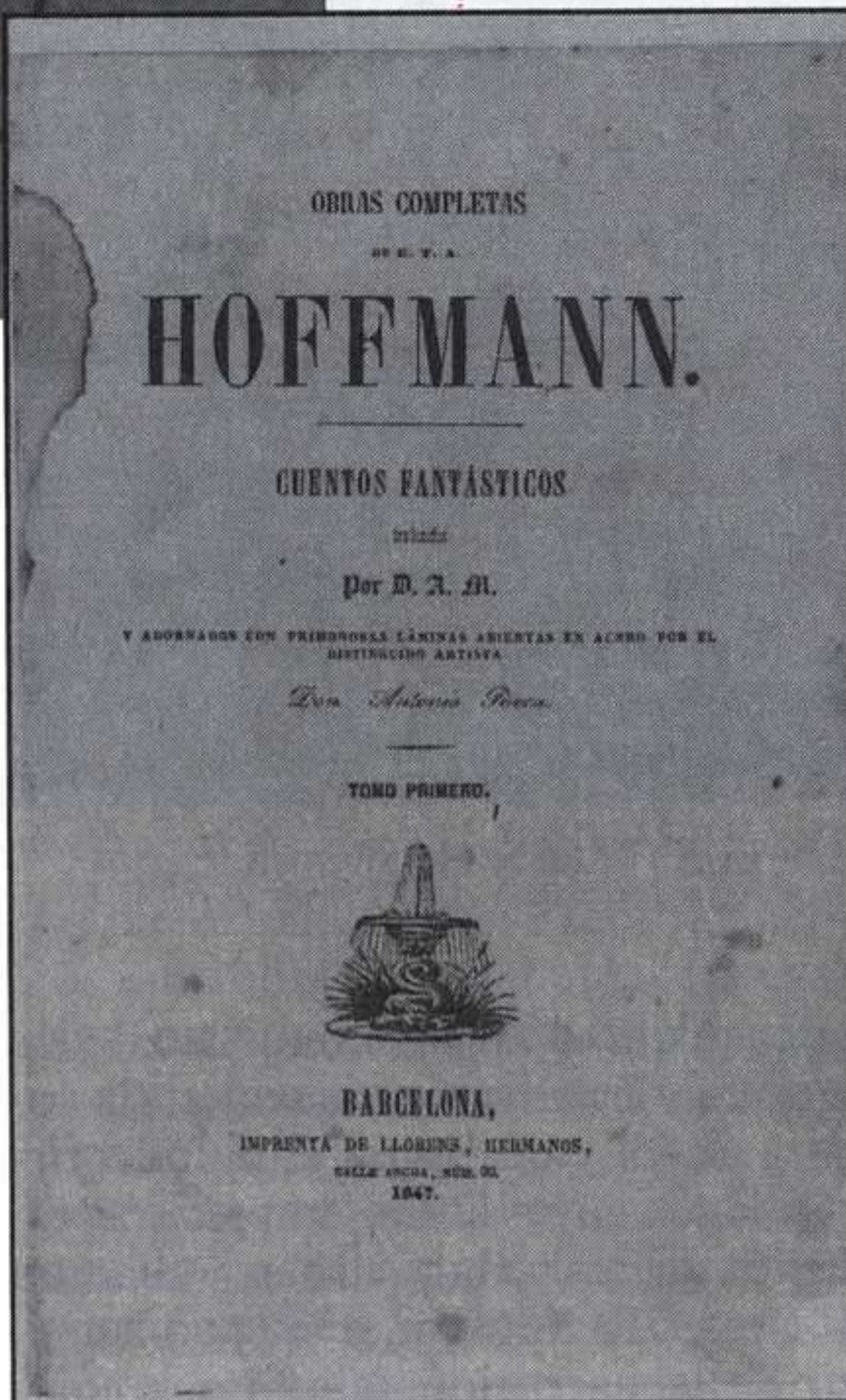
LOS CLÁSICOS



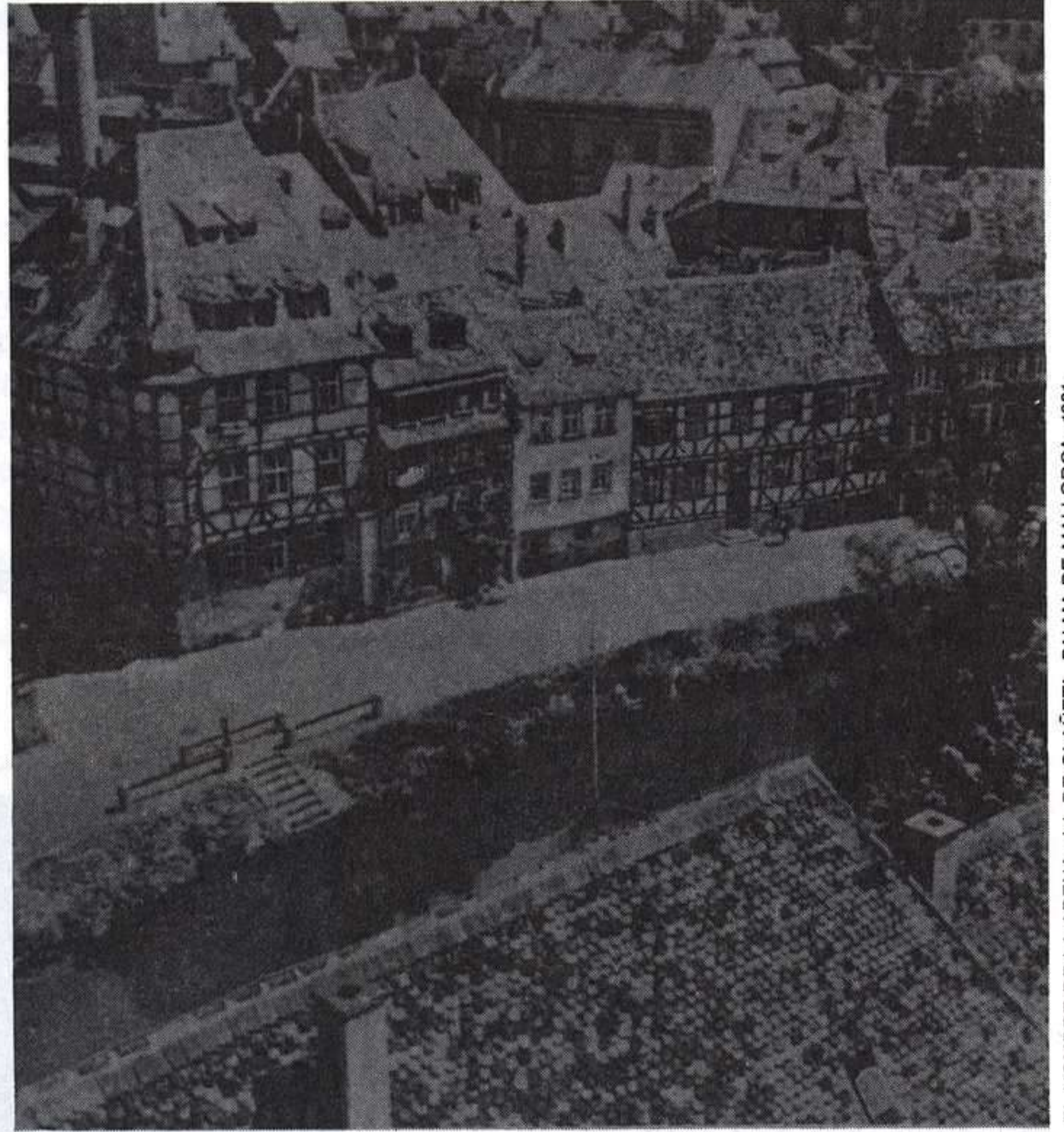
Autorretrato de E.T.A. Hoffmann.

de tal modo que tenía que despertar a su mujer para que le acompañase.

Hoffmann es maestro en el arte de la caricatura. La extravagancia de la vida, las alucinaciones fantásticas, están próximas a la deformación grotesca. Que un sesudo archivero, como el archivero Landhurst, resulte ser una salamandra, es asombroso y extremadamente cómico, así como que un cascanueces sea sobrino de un Consejero de Nüremberg. El toque humorístico en Hoffmann es una de las cosas raras e insólitas de su obra, y pertenece a las artes de magia del escritor hechicero. En su hechicería, la fascinación de sus figuras se ejerce bien por lo maravilloso, o por lo caricaturesco delirante. Si la ilusión y el encantamiento se deben simplemente a un carnaval, una pesadilla puede convertirse en una aventura de mági-



ca belleza con un final satírico. Todo es una broma, un juego caprichoso, a la manera de un *capriccio* musical. Las encantadoras hadas de la reali-



Vista parcial de Bamberg, donde vivió E.T.A. Hoffmann.

dad, en algún momento, tienen apariencia de vulgares cocineras. De ahí la admiración de Hoffmann por Jacques Callot, el gran dibujante que inspiró sus primeros escritos, titulados *Cuadros fantásticos a la manera de Callot* (1813).

Por otra parte, Hoffmann puede decir, como en el relato de su *Don Juan*:

El conflicto de la naturaleza humana con las fuerzas desconocidas y terribles que le rodean aguardando el momento terrible para su perdición, poníase de manifiesto ante los ojos de mi espíritu.

Y éste es uno de los temas principales de sus cuentos, que le lleva a interesarse por los fenómenos del magnetismo, sonambulismo, telepatía, ocultismo, vampirismo patológico; así como por algunos aspectos del automatismo del mundo moderno, que se manifiesta en su gusto por instrumentos, robots y muñecas mecánicas.

## Novelas fantásticas

Hoffmann nació el 24 de enero de 1776 en Königsberg, de familia de ori-





F. MELÉNDEZ, EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES, MONTENA, MADRID, 1987.

gen polaco y húngaro. Estudió Derecho en Posen y en Varsovia. Las conquistas napoleónicas le obligaron a irse a Berlín. Inquieto viajero, por sus cargos vivió en Dresde, Leipzig y Bamberg, donde frecuenta círculos de escritores y músicos.

E.T.A. Hoffmann es autor de novelas fantásticas como *Los elixires del*

*diablo*, *El gato Murr* y *La Princesa Brambilla* y autor de numerosos ensayos y cuentos que le han dado fama imperecedera. *El puchero de oro*, *La señorita de Scudéry*, *Vampirismo*, *Los autómatas*, *La casa vacía*, *El hombre de la arena*, *La aventura de la noche de San Silvestre*, *Las minas de Falún*, *Fortuna en el juego*, *Datura fastuosa*

son títulos inolvidables de la literatura romántica y de la fantasía hoffmanniana.

Pero lo más importante ahora es saber que en un momento determinado E.T.A. Hoffmann se dirigió a un público infantil, a aquellos amiguitos suyos con los que conversaba y jugaba todos los días.

En el otoño de 1816, E.T.A. Hoffmann escribe el cuento de *El Cascanueces* y *el Rey de los Ratones* para los niños de su amigo Julius Eduard Hitzig.

Federico y María son los protagonistas de esta historia, precisamente los nombres de los hijos de Hitzig. E.T.A. Hoffmann iba casi todas las tardes de visita a casa de su amigo y jugaba con los niños, les hacía juguetes y les contaba cuentos. En la figura del padrino Drosselmeier, Hoffmann se ha retratado a sí mismo.

*El Cascanueces* y *el Rey de los Ratones* es uno de los cuentos más fantásticos que se hayan podido escribir para niños, donde la realidad cotidiana se transmuta en maravilloso entorno, gracias a la genialidad del espíritu de E.T.A. Hoffmann.

Un año más tarde, en 1817, volvió a escribir para ellos *El niño extraño*, y estos dos cuentos tan bellos y originales quedan en la historia de la literatura infantil como dos maravillosos logros del extraordinario escritor.

Cuando publicó *El Cascanueces* y *el Rey de los Ratones* en el tomo de *Los hermanos de Serapio*, título de una tertulia a la que acudía el escritor y se leían allí sus cuentos, los contertulios comentaron el cuento de *El Cascanueces*, y al finalizar el relato, uno de ellos dijo al autor:

[...] ¿Cómo puedes decir que es un cuento para niños tu *Cascanueces* y *el Rey de los Ratones* si es imposible que los niños puedan seguir los intrincados laberintos del relato y entender por completo las partes tan heterogéneas de que está compuesto? Se divertirán con algunas cosas, de vez en cuando, entreteniéndose con algunos por menores.



Hoffmann contestó a esto:

¿Y te parece eso poco? Soy de la opinión de que se comete un gran error cuando se piensa que los niños de ardiente imaginación, como son los de mi narración, se contentan con puerilidades sin contenido, que eso es lo que suele darse con el nombre de cuentos. Mira, ellos desean algo más, y es verdaderamente sorprendente ver cómo su espíritu vivaz comprende todo, mientras que a su profundo papá se le escapa casi todo. ¡Así es que, ya sabes, ten más respeto!... Yo he leído mi cuento ante personas que considero competentes jueces y críticos, es decir ante los niños de mi hermana. Federico, un gran militar, se quedó entusiasmado con la Armada de su colega Federico, y la batalla le pareció magnífica. Con voz estridente prorrumplía en exclamaciones, diciendo: «Prr, puff, bum, bum», y muy inquieto no cesaba de moverse en su silla mientras escuchaba, y hasta, ¡fíjate!, intentó encontrar un sable para ir en ayuda del Cascanueces, que cada vez estaba en mayor peligro.

Los niños son tan inteligentes que comprenden todo lo que sucede en el Reino de la Imaginación, y los elementos oníricos y maravillosos no tienen ningún secreto para ellos. La compenetración de los niños con este mundo fantástico es tan grande que que E.T.A. Hoffmann puede decir:

Mi querida Eugenia comprendió enseguida la tierna inclinación de María por el pequeño Cascanueces, y se emocionó hasta saltársele las lágrimas cuando María ofreció para salvar a su protegido las figuritas de dulce, sus libros de estampas y hasta sus vestiditos de Navidad, y ni siquiera puso en duda un instante lo de la hermosa pradera de azúcar, a la que llegó María después de ascender por aquella manga del abrigo de piel de su padre, colgado en el armario ropero. El reino de los muñecos causó la felicidad de los niños.

Esto da una nueva dimensión a la literatura para niños, y en vez de empuñarla como creen algunos, la

engrandecen, pues lo que no comprenden los mayores lo comprenden los niños y el espacio limitado de la mente adulta es ilimitado en la mente infantil, afortunadamente.

Cuando en las próximas Navidades, o sea en el año 1817, E.T.A. Hoffmann publica *El niño extraño* vuelve a plantearse la misma cuestión que en

*El Cascanueces y el Rey de los Ratones*. Le reprochan que, a pesar de ser un verdadero cuento para niños, todavía tiene algunos arabescos, cuyo sentido puede escapar a los niños. E.T.A. Hoffmann resuelve el asunto diciendo que pondrá el subtítulo de *Cuentos para niños pequeños y niños mayores* o más bien *Cuentos para niños y para los que no lo son*, de modo que así todo el mundo pueda leer el libro. Ésa es, precisamente, la característica de la auténtica obra de arte: que todos la pueden leer.



F. MELÉNDEZ, EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES, MONTENA, MADRID, 1987.

En la actualidad niños y mayores leen *La casa vacía*, *El Puchero de oro*, *Los autómatas* y también *El Cascanueces y el Rey de los Ratones* y *El niño extraño*. Cada cuento tiene una lectura diferente, y si los mayores ven una cosa, los niños, pueden ver, también, otra, pues ésa es la ambivalencia de la creación artística. ■